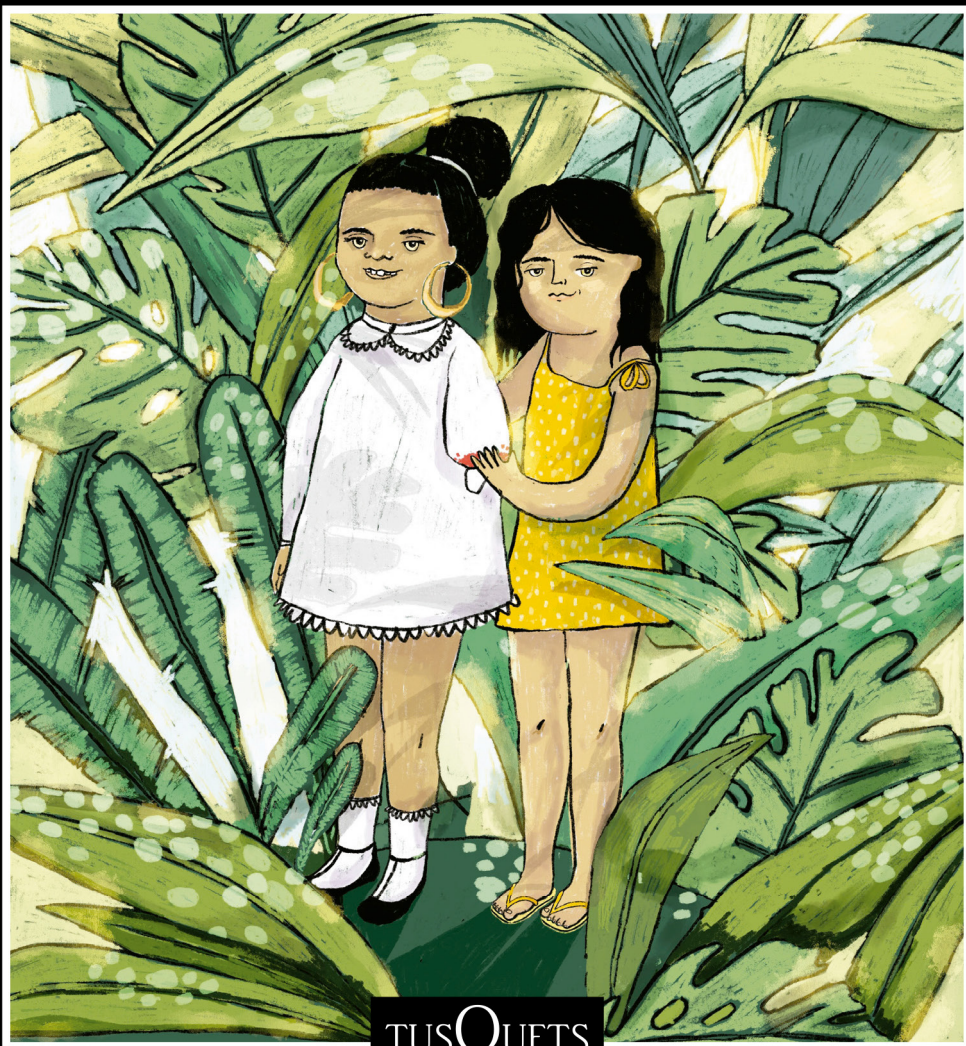


Julia Coria

FAMILIA SERÁN USTEDES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JULIA CORIA
FAMILIA SERÁN USTEDES

¡Qué hermoso es Ecuador! Lo dije y, aunque Sonia me contestó que era ridículo opinar sin haber visto casi nada, a mí me parecía que sí, que era hermoso; o quizás lo había dicho de contenta, porque me estallaba el corazón de la alegría, o a lo mejor ni siquiera, a lo mejor solamente por decir, esas cosas a las que los demás responden *ajá* y listo. Pero hacía un rato nomás de nuestro reencuentro y mi hija ya me contestaba así, como toda la vida, al borde de llevarme la contra, y yo, en vez de ofenderme, chocha de que nada hubiera cambiado. Aunque había un solazo, en el interior de la camioneta el aire estaba fresco y perfumado; yo tenía en una mano, una mano de mi nieta más grande y en la otra, la de la Chiquitita. Todo volvía a estar bien.

Es que desde que se había resuelto el horrendo caso del asesino serial en el que sin comerla ni beberla nos habíamos visto involucrados, y hasta antes de que mi hija se fuera a Ecuador, habíamos estado más unidas que nunca. Yo sola en mi casa y ella viuda, sin un marido que la ayudara con los siete hijos, nos habíamos aliado para salir adelante. Siempre había creído que su entrada en la menopausia sería un drama, y en cambio de algún modo la había vuelto más serena. Acotó los horarios de su consultorio de obstetra y Tania, mi nieta mayor, organizó los de la facultad para ser su secretaria, a lo que yo ya no podría dedicarme sin mi amiga Zuli, a quien habíamos perdido del modo más trágico y absurdo en pleno baile del tal

asesino. Me aboqué cien por ciento a mis nietos. Dentro de todo, le habíamos encontrado la vuelta, y no hubiera sido un mal plan para mí llegar así al último de mis días, pero entonces apareció Carlos.

Carlos Camacho Urquía era el patrón de Mancuso, uno de los policías que cuatro años atrás había “trabajado” para resolver el caso, con el que nuestra adorada empleada y amiga Amanda se había casado y había tenido dos chicos. Se habían mudado a Ecuador porque él había encontrado un trabajo en un criadero de camarones, pero al tiempo lo dejó para irse como jefe de seguridad a La Marianita. En su momento entendí que era una empresa de algo, ahí mismo en Ecuador; mucho no pregunté, me bastaba con saber que le pagaban bien y que Amanda y sus hijos tendrían un buen pasar. Cuestión que en un momento ella se asustó porque tuvo una pérdida durante el tercer embarazo, le pidió a Sonia que fuera a verla y mi hija acudió sin dudar, entonces ocurrió el flechazo.

Sonia volvió a Buenos Aires, pero estaba en las nubes, pendiente del teléfono y con la cabeza en cualquier parte. Fueron semanas de *Carlos esto y Carlos lo otro*, en Babia como una adolescente, al punto de que dos o tres veces se le pasó el horario de salida del jardín y del colegio y directamente me llamaron a mí, que fui disparando a buscar a mis nietos. Una vez, una de las muchachas que reemplazó a Amanda estaba embobada con uno que había conocido por Internet y Sonia le preguntaba cómo podía estar tan segura de que no era un asesino serial (*vade retro*, asesinos seriales). Ahora a mí me preocupaba lo mismo, le decía a mi hija que fuera más despacio, que no sabía nada de Carlos, y ella me contestaba que lo sabía todo porque desde que se habían visto por primera vez había sido como si se conocieran de toda la vida, y además estaban Amanda y Mancuso para dar fe de que era muy buena persona.

A los tres meses de amor a la distancia, Sonia nos juntó a todos (mis tres yernos y mis siete nietos: Gerardo, papá de Camilo y Tania, los grandes; Patricio, padre de los chicos, Mateo y Pedrito; Sergio, de los chiquitos, Clarita y Benjamín; y la Chiqui, hijita de Federico, que Dios lo tenga en su gloria...), y les pidió a sus ex maridos que se ocuparan de los hijos porque ella viajaría a Ecuador: quería probar la convivencia con Carlos antes de dar cualquier otro paso (nadie preguntó a qué se refería y yo no quise ni pensarlo). El único de mis yernos que tuvo la menor objeción fue Sergio: ¿Benji y Clara estarían cien por ciento en su casa? Eso significaría cierto caos organizativo; pero por supuesto que no, Tania y yo estaríamos a cargo de atajar todos los cambios. De hecho, cuando yo sí presenté ciertos reparos porque no me parecía bien que mi hija procediera como una adolescente (claro que no lo dije así, sino ¿y el consultorio? ¿las pacientes? ¿tu casa?), Sonia los desactivó sugiriendo que mi problema era que yo iba a estar más demandada. El tupé... A veces ella se extralimita y yo no me sé plantar, decirle *no, Sonia, sabés que no es eso, es que ya estás grande y deberías sentar cabeza*, pero ay de mí si llegara a intentarlo.

Había que verla haciendo las valijas, eligiendo la ropa que llevaría, probándosela frente al espejo. Evidentemente esa forma de vida que habíamos armado y que a mí me tenía tan contenta a ella no le alcanzaba, y de ninguna manera iba a dejar escapar esta oportunidad inesperada que Cupido le presentaba a su edad. Se llevó a la Chiquitita solamente, porque no tenía papá; la sacó del jardín, le inventó a la directora que terminaría el año allá. Y a mí me pidió, como si hiciera falta, que estuviera para todos: mi vida normal, aunque Tania, que ya no trabajaría en el consultorio, se convirtió en mi aliada. Llevó y trajo hermanitos, les leyó *Harry Potter* y *Las crónicas*

de Narnia, se ocupó de las compras, organizó cumpleaños y todo eso, mientras también iba a la facultad, hacía el curso de manejo y novió con Tomi, ¿qué tul?

Fue casi un mes de tener lejos a Sonia y a la Chiqui, y mi hija en la luna mandaba poco mensaje: ahora resultaba que en la casa no había señal. ¿Y cómo había hecho Carlos para escribirle antes de que ella viajara? Por suerte estaba Amanda, que de pronto acompañaba a Mancuso al pueblo a hacer algún mandado y aprovechaba que ahí enganchaba mejor la señal para mandarme fotos de su bebé y de la Chiqui con su hija Zulemita, a quienes llamaba *las melli*. La nena de ella, pobre-cita, tenía la cara de galleta y la ceja negra y peluda del padre, mientras que nuestra Chiqui tenía los rulos dorados y los ojos transparentes del papá; pero ellas, inseparables.

Iba todo tan viento en popa que apenas terminaron las clases Sonia les pidió a Tania y a Camilo que viajaran a Ecuador y llevaran a sus hermanos; una escribana ex paciente ya le había tramitado los permisos y mis yernos solo tuvieron que firmar. Mi hija dijo que yo necesitaba un respiro, que tantas corridas me iban a hacer mal, y mis nietos mayores me lo contaron con caras de velorio: sabían lo que eso significaba para mí.

Hice de tripas corazón y no me quejé, todo lo contrario: cuando mis nietos rezongaron porque me quedaba sola, dije que no se preocuparan por mí, que iba a estar fenómeno, quizás hasta en verdad me vendría bien el descanso. Ellos tenían que acompañar a la mamá en esta nueva etapa. Ayudé a los chicos y a los chiquitos a armar sus equipajes, les puse paquetes de Sugus, Bananitas Dolca, Vauquitas, Flynn Paff; cuadernos y lápices para Clara, dos libros a ver si ella también se enganchaba a leer. El día de la partida, cuando vi que Tania y Camilo solo tenían bolsos de mano, supe que le harían a la madre el favor de llevar al resto y luego volverían a casa.

Tania y Camilo: los episodios con que había terminado todo el asunto del asesino serial, en Chile, habían sellado una lealtad sin límites entre nosotros. Dejaron a los hermanos con la madre y emprendieron la vuelta sin siquiera salir de Guayaquil. Tomi los buscó en Ezeiza al día siguiente. Pasamos los cuatro juntos la Navidad y se desvivieron por animarme; cocinamos para un batallón y comimos sobras toda la semana; jugamos al Scrabble y miramos los fuegos artificiales desde el balcón; me regalaron bombones, una chalina amarilla de gasa preciosa y *La sustancia del mal*, de un italiano, Luca no se qué. Al principio, Tania había intentado que yo no leyera más policiales, pero soy irrecuperable, así que pasó a regalarme los más disparatados o lejanos a nuestra realidad o, como fue el caso, uno de esos de develar un misterio irresuelto de mucho tiempo atrás. Medio fantasioso me pareció, pero igual, sin nadie a quien cuidar, lo devoré en dos días.

Mientras tanto, cada vez que Tomás venía con Tania, yo lo mataba a preguntas sobre casos reales. Como redactor en la sección policial de *La Hora*, lo sabía todo sobre los más rimbombantes: imposible aguantarme las ganas. Él me confiaba a mí lo que no podía publicar a causa del secreto de sumario, me embromaba con que mi budín de banana, canela y chocolate actuaba sobre él como un suero de la verdad y lo obligaba a chusmearme todo. Lo cierto es que yo le daba mi opinión, le decía mis hipótesis. Más de una vez la pegué, y en esos casos me invitó a tomar el té en alguna confitería paquete para celebrarlo. Qué chico encantador, Tania se había sacado la lotería.

En el mes y medio en que los demás estuvieron lejos, Tomi y mis nietos mayores fueron una presencia constante en mi casa. Nunca jamás cené sola porque, si por razones de fuerza mayor ninguno de los tres podía, se las arreglaban para que de

casualidad llamara alguno de mis yernos y terminara por venir a verme con comida comprada o helado de postre para una cena que prepararía yo.

Me siento una ingrata al decir que no me alcanzó. Gerardo incluso a veces traía a Simoncito, el nene de su segundo matrimonio, hermoso y bueno como los hermanos mayores, pero no era mi nieto. ¡Cómo extrañaba las corridas para recibir a los chiquitos a la hora del almuerzo, antes de devolverlos al colegio para el turno tarde, amasar kilos y kilos de fideos porque los adolescentes se habían convertido en barriles sin fondo, y más que nada a la Chiqui, que prácticamente se había criado conmigo! A veces, cuando me daba insomnio (con lo descansada que estaba era frecuente), apretaba los ojos y veía su manito en el aire, recorría sus deditos de a uno: meñique, *Este fue al bosque*; anular, *este encontró un buevito*; mayor, *este lo cocinó*; índice, *este le puso sal*; pulgar, *¿y este gordito chiquitito? Se lo comió, se lo comió, se lo comió*, todo eso acompañado de unas cosquillas en la pancita que nos daban risa tanto a ella como a mí.

Para peor, resultó que era cierto: la casa de Carlos en Ecuador estaba en un lugar paradisíaco pero con mala internet, así que seguí dependiendo de los mensajes que me mandaba Amanda, con saludos y fotos de todos. Aunque a veces sí funcionaba, mis nietos estaban demasiado entretenidos en la naturaleza para estar pendientes de mí. Me estaba marchitando. Al principio, verlos jugando en la playa o entre el verdor de la vegetación tropical me llenaba de alegría, al punto que aprendí a imprimir sin ayuda en la máquina de la casa de fotos y compré nuevos portarretratos. Tenía una de Pedrito y Mateo en el momento exacto en que los alcanzaba una ola; una de las melli enterrando en la arena hasta la cintura a Marito, el nene de Amanda; una de Clarita dibujando un pulpo gigante en la arena y una de Benjamín haciendo un fuego con unas ramitas

secas (algo que ni en mi departamento ni en el de la mamá ni en el del papá le hubiéramos dejado hacer). ¡Qué sonrisas tenían esas criaturas!

Mi casa se llenó de una felicidad ajena y lejana que me oprimía el pecho a la vez que me daba fuerzas para seguir en pie, pero pronto la madre de Carlos empezó a colarse en esos retratos, y la foto de ella con las melli y los chiquitos y el bebé de Amanda a upa flanqueada por los chicos me liquidó. Esa amenaza clara y contundente se llamaba doña Emilia. ¿Era más joven que yo? Quién sabe. Tenía muy buen porte, a pesar de que dicen que tomar mucho sol trae arrugas, ¿la magia del aire de mar? Una señora regia con una sonrisa que yo no dejaba de ampliar en el celular. ¿Serían postizos esos dientes blancos y parejos? Sus canas naturales recogidas en un elegantísimo rodete me hicieron sentir una chiruza con mi cabello teñido.

Mis fuerzas me abandonaron. Caí en cama con algo que ni uno del batallón de médicos que me rodeaba terminó de diagnosticar. Tuve algunas líneas de fiebre y colitis, cosas que en otro momento de la vida pasan de largo, pero a mi edad... Hasta masa muscular llegué a perder, empecé a caminar un poco insegura y creo que literalmente habría muerto si no hubiesen llegado de sorpresa los pasajes a Guayaquil.

Camilo tuvo que quedarse en Buenos Aires porque al fin había encontrado un trabajito más o menos bueno con el bajo: su banda se iba a presentar todas las noches en un hotel para turistas internacionales, lo que equivalía a buenas propinas. Me mostró un video tocando una canción que me sonaba muchísimo y cuando le pregunté qué era me dijo que Soda Stereo. Lo que son las vueltas de la vida: en su momento, la mamá había estado como loca con el cantante.

Tomi tampoco tenía la menor chance de ir: estaba abducido por el caso de una chica de doce años que había aparecido

muerta en la pileta de un colegio de curas precisamente de nuestro barrio, y había tantos pero tantos sospechosos que no se sabía ni por dónde empezar. De todas formas, se hizo el tiempo para llevarnos a Ezeiza, y en el viaje le dije mi pálpito:

—No fueron los curas, fue el entrenador del equipo de natación.

—¿Por qué decís eso? Ni siquiera es sospechoso, tiene una buena coartada.

—No sé, el otro día anduve por la zona y estuve charlando con la kiosquera de la esquina.

—¿Andás haciendo de detective, abue?

—Pero no, nena ¿qué voy a hacer de detective? Entré a comprarme un agua porque me dio un calorón y, bueno, no se habla de otra cosa. Resulta que subalquilan las instalaciones y...

—¡Sos más detective que Wallander, abue!

—Ustedes háganme burla nomás, pero si tengo razón, a la vuelta me invitan a tomar el té con masas finas.

—Dale, te lo prometo —dijo Tomi.

Se mataban de risa, pero se reían conmigo, como se dice, no de mí, y yo sabía que más allá del chiste Tomás me escuchaba y me tomaba en serio. Además era tal cual: macana que hubiera entrado de casualidad a ese kiosco, había ido especialmente de puro curiosa. Cuatro años antes yo había aprendido que la buena voluntad y el ingenio valían más que cualquier credencial policial.

En el *free shop*, compramos un estuche de Crayola que nos había encargado Clarita (nunca eran suficientes) y unas cuantas cajas de alfajores para reponer el stock de golosinas de mis nietos.

Ya desde el aeropuerto cumplí mi promesa a mis yernos, a mi nieto mayor y a Tomás de mandarles muchas fotos. La primera, una selfi con Tania, la mandé antes del despegue. El

avión se zarandeó un poco y Tania vomitó (muy prolijita, en la bolsita que te dan para eso), lo que nunca, pero se recuperó enseguida, y a mí casi me explota el pecho cuando el capitán anunció que estábamos por aterrizar y me imaginé el abrazo que me darían todos mis nietos en el hall del aeropuerto.

Tuve que conformarme con el de la Chiqui (no es que fuera poco) porque, aunque la camioneta era muy espaciosa, mi hija prefirió que los demás nos esperasen en la playa. Ella estaba radiante. Se había bronceado y llevaba sus ondas naturales en el pelo; tenía una sonrisa de oreja a oreja y nos abrazó efusivamente, a mí y también a Tania, que no terminaba de perdonarle el despliegue que significaba para todos su nuevo amorío. Madres e hijas: los vínculos pueden tensarse, y ahí estaba mi nieta con una expresión que reflejaba cierta contrariedad, pero lo más importante era que había ido y que, en el fondo, estaba claro que ella y su mamá se adoraban.

Me llamó la atención que Sonia estaba un poco gordita: ninguno de los siete embarazos le había dejado un kilo de más, pero ya se sabe de los estragos que pueden hacer la menopausia y la felicidad. Ahí mismo conocí a Carlos, que en las fotos no terminaba de parecerme nada del otro mundo, y entendí la locura de Sonia. Con su sonrisota blanca, su tez morena y su jopo, parecía un cantante de boleros, pero el verdadero hechizo ocurría cuando hablaba con su vozarrón. Me besó la mano:

—Qué gusto, mamá, cuánto ansiaba conocerte.

Tomá mate. Flor de churro, y todo un galán. De bermuda color caqui, chomba y un suéter apoyado en los hombros, parecía modelo. A Tania la agarró del mentón para observar su belleza (y eso que estaba ojerosa después del mareo en el avión). A ella también le besó la mano y, cuando la soltó, la Chiquitita se trepó en él como si fuera un monito tití, todo

agilidad, a pesar de que estaba un poco más rechonchita; le quedaba simpático. Estábamos todos tan felices que hasta Sonia posó contenta cuando les pedí una selfi para mandar al chat familiar.

El resto de mis nietos nos esperaba al cuidado de doña Emilia, *Abuemi* la llamó la Chiqui, y menos mal que yo estaba tan de buen humor como para atajar ese apodo sin caerme redonda.

Ya en la camioneta, nos presentaron a Morelos, el chofer (ichofer!), que llevaba parche de pirata y nos hizo una reverencia antes de apurarse a subir nuestro equipaje. Teníamos por delante casi tres horas de ruta hasta Santa Elena, donde estaba la casa, y no habíamos terminado de ponernos los cinturones que la Chiqui me ofreció su manito abierta. Llevaba las minúsculas uñas pintadas de colores (Clarita *manicure*) y tuve que hacer control mental para que no se me quebrara la voz cuando le tomé el meñique para volver a decir al fin: *Este fue al bosque*. Así todo el viaje; la nena nunca se quedó dormida, pero Tania sí. Lo que es yo, aunque estaba agotada, la adrenalina y la curiosidad me mantenían hecha un cascabel. Saqué un millón de fotos. Cuando al fin llegamos a la ruta que bordeaba el mar fue que acoté lo de lo hermoso que era Ecuador, que a Sonia le pareció tan pavo.

—¿Están bien ahí atrás? —preguntaba Carlos cada tanto, ubicado en la primera fila de asientos detrás del conductor junto a mi hija, y atrás estábamos bárbaro. Tania y yo apoltronadísimas y la Chiqui no dejaba de pulsar botoncitos que activaban cosas: se abría el techo, se encendía la televisión o un aromatizador renovaba la fragancia que yo asociaría con Ecuador para siempre.

—¿A vos te salen bien los mensajes? ¿Avisaste en el grupo que llegamos? —le pregunté a Tania cuando se despertó, y ella me dijo que sí, que mis yernos mandaban saludos, que Cami y

Tomi nos mandaban muchos besos. Saqué una selfi de las tres que íbamos atrás y una muy artística de mi hija y mi yerno, de espaldas, sus perfiles mientras se miraban a los ojos, y también las mandé al grupo, pero quedaron trabadas.

—Ya verán, se los juro: ya verán qué hermosa es su nueva casa —repetía mi yerno.

Mateo hubiera dicho *flasbeaste confianza*, pero nosotras todo simpatía. Es que Carlos se reía de cualquier cosa, más que nada de cualquier comentario de la nena, y tomaba la mano de Sonia y la besaba, y a mí me hacía muy feliz que se quisieran tanto, aunque no podía dejar de preguntarme por las consecuencias prácticas de ese amor: los padres de mis nietos vivían en Buenos Aires.

La ruta era espectacular, una línea paralela a la costa sin un solo sobresalto; de un lado, la playa, esporádicos caseríos con algún que otro negocio, todos con su propio cementerio; y del otro, elevaciones como montañas, aunque no sé si llegarían a serlo, tapizadas de una vegetación en la que yo imaginaba monos y otros animalitos con los que mis nietos menores se volverían locos. Saqué un millón de fotos y fui mandándolas al grupo, ya saldrían tarde o temprano. Cada tanto un paréntesis de selva se intercalaba también entre la ruta y la playa, una jungla compacta que por un momento no dejaba ver el mar. Estábamos pasando uno de esos tramos cuando el chofer bajó la velocidad:

—Mira, amor mío, ¡miren! Mamá, Tania, Chiqui, ¿la ven?
—dijo Carlos señalando el asfalto.

Tania y yo nos erguimos en el asiento, y la nena en su butaquita. Yo no uso lentes de ver de lejos, pero apenas alcanzaba a distinguir algo negruzco que cruzaba la ruta de lo más campante. ¿Qué sería? ¿Una tortuga? ¿Un pájaro? ¿Habría gatitos en la selva? Carlos se rio a carcajadas.